



SEULETTE

Frente á mi casa hay un corral. Conejos, gallinas y palomas lo pueblan. A centenares pueden contarse los habitantes de aquel mundo. Ellos me despiertan con sus runrunes, cacareos y arrullos; ellos me entretienen cuando abandono mi habitación y ando por estas rocas, en cuyos cimientos rompe el mar.

Es un mundo curioso, con luchas y triunfos y derrotas, con ambiciones y desencantos, con alegrías y tristezas, con amor y con odio.

Unas veces son dos gallos quienes, prevenido el espolón, erizada la cresta y el pico entreabierto, pelean por el dominio del harén. Las gallinas presencian el combate con satisfacción vanidosa. Cuando el combate fina, el gallo triunfador endereza el cuello, esponja las plumas, yergue la cola y pro

rumpe en quiquiriquís. El gallo vencido huye. Las gallinas le picotean en su fuga. Es condición de hembras ser impiadosas con el débil.

Otras veces es el requebrar de dos palomas lo que me distrae.

La hembra es toda coqueterías antes del rendimiento; todo asiduidades, el macho. Ella disimula el deseo con apariencias de esquivez y pudor; él lo exagera con actitudes apasionadas y gallardas. Hace ella como que huye y desdeña, caminando delante de él, á saltitos, sin volver la cabeza, entre si te espero ó me voy; hace él viaje tras la paloma con las alas abiertas, la cola extendida en abanico, el andar gachón y el arrullo continuo y dulce. Así van hasta que la hembra se deja sorprender y el macho la envuelve con el abrazo de sus plumas.

También los conejos riñen y se enamoran en el espacioso corral; también ellos, con sus carreras, con sus saltos, con sus gritos de sensualidad ó de gula, alegran mis solitarios paseares.

Lo que especialmente me cautiva y atrae en el mundo de estos irracionales, son el cuidado, la ternura, las prolijas atenciones

que hembras y machos ponen al servicio de sus crías.

Horas paso admirando la solicitud de las madres con sus hijuelos, el afecto que muestran los padres ayudándolas en su tarea.

Las conejas hacen de su piel almohadón, donde las crías se tumban á la larga para extraer de las hinchadas mamas la sangre materna vuelta leche. Apenas si las madres abandonan la cama más tiempo del preciso á las urgencias de su alimentación.

El macho vigila su hogar, pronto á reñir peleas con el conejo que invada sus dominios, con la rata que amenace á su prole, con la alimaña que llegue á los suyos en son de guerra y de matanza. Darán su vida primero que la de sus hijos peligré.

La llueca, quieta sobre los cuévanos que sirven á los huevos de matriz, los incuba con pacienzudo esmero. Cuando rompen los polluelos el cascarón, con ellos va y viene, previniéndoles el yantar, defendiéndoles contra el egoísmo de las otras gallinas, incomodándose hasta con su gallo, si es estorbo al esparcimiento de los hijos. Brava y cariñosa, ninguna satisfacción les regatea, ninguna incomodidad rehuye. Al caer de la

tarde entre sus alas los cobija y con los latires de la propia sangre caliente su dormir.

Igual hacen en sus nidales las palomas; entre sus picos llevan macho y hembra el alimento á sus pichones; con sus alas los cubren; con picos y uñas están prontos á defenderlos.

Sublime instinto de la paternidad, más exquisito, más cuidadoso, más entrañable en la hembra que en el macho, ¡á ninguno de estos irracionales faltas, en todos imperas con soberano y dulce imperio!...

Guarda el corral una chicuela de doce años. Es bonita y afable; apenas sonríe; tiene el mirar de las verdes pupilas triste.

Ella muda el agua y provee de grano á las palomas y gallinas; ella acude con anchas brazadas de hierba á la nutrición de los conejos; ella revisa camas y nidales; ella es Dios para aquel mundo de inofensivas beste zuelas.

En el corral, sin la compañía de nadie, sentada en un pedrusco, con las manos caídas al largo de la falda, los oscuros cabellos batidos por el aire oceánico y el mirar de los verdes ojos puesto en la lejanía, pasa horas y horas la muchacha. Allí ve cómo los

conejos procuran por sus crías, cómo incuban las gallinas sus huevos, cómo las palomas se esmeran en el bienestar de sus pichones, cómo la santa paternidad triunfa, llenando la atmósfera de amor.

Ignoro cuál nombre llevará la muchacha en los archivos del Registro civil. Los chicos de Port-Quiberon la llaman *Séulette*.

He sabido su historia. Es sencilla y breve, como la de todos los grandes infortunios.

Su madre la abandonó por seguir á un hombre. Pudo más en ella el ansia del macho que el afecto de la hija; la hembra pisoteó á la madre.

Cerca de la madre se acostó una noche la chiquilla; oyó su voz antes de dormirse; siguió en sus sueños oyéndola. Cuando despertó estaba sola, completamente sola. La madre había huído para no volver nunca.

Unas buenas almas recogieron á esta huérfana con madre viva.

Sin madre está. Y todas las mañanas, todas las tardes, se dirige al corral, al mundo de inofensivas beste zuelas, donde no hay una cría sin madre, un nido sin amor.

Allí pasa horas y horas, sentada encima

de una piedra, metida en un ambiente de pasión maternal.

Allí está con los brazos caídos al largo de la falda, con el mirar de los ojos verdes puesto en la lejanía.

¿Verdad que es muy triste, muy dolorosa, la imagen de esta pobre *Seulette*?

Port-Quiberon.



La última trinchera

Quiberon es un pueblecillo marinero. Durante el invierno vive de la pesca y de las industrias á ella subsiguientes. Cuando llega el verano se convierte en aristocrática playa. Las parisienses gustan de exhibirse vestidas, y también desnudas, en la playa quiberoniana.

Pero Quiberon, con su playa, con su Casino, donde las parisienses coquetean y lucen, mientras un cantor montmartrés sacude al aire su aceitosa melena; Quiberon, con sus calles limpias y sus casitas blancas y sus elegantes hoteles, no merecería una crónica.

Todos los balnearios son, poco más ó menos, iguales por lo que toca á su vivir; por lo que hace al exterior y al interior de los veraneantes, poca será la diferencia entre los de Francia y España. Alguna variación

en el corte de los vestidos; alguna otra en el de las almas, y concluyó la historia.

Nota poética de la bretona villa son sus incontables lanchas pescadoras; cuando están en el mar, por sus maniobras, por el rojizo color de sus velas, que el viento hincha y las olas bordan de espuma; cuando anclan en el puerto, por los tonos azules de sus redes, que los marineros tienden á secar. Colgando al largo de los palos, heridas por la lumbre del sol, parecen las redes jironcillos de cielo. El aire los lleva y los trae por cima de las embarcaciones.

Más de trescientas se dirigían hacia Quiberon el día de mi arribo. Era crepúsculo. Las barcas hallábanse remotas, hacia el Occidente. El astro desapareció detrás de ellas, y ellas, silueteadas por la distancia, ennegrecidos los rojos del velamen por la bruma crepuscular, daban la imagen de largas y hileras de cipreses balanceándose melancólicos en el cementerio del sol.

Al poner pie sobre el puertecillo bretón sentí mi alma profundamente conmovida. Cerca de él se dijo la última palabra de aquella gran lucha sostenida en un rincón de Francia entre el pasado y el porvenir. Allí

se ventilaron el avance ó el retroceso de la Humanidad por tres siglos; no era la causa francesa, era la causa humana la que, va para ciento veinte años, dirimían republicanos y chuanes en la Vendée trágica.

Si la causa realista hubiera triunfado, si los Borbones hubieran sido repuestos en el trono francés, antes que la espada de Napoleón repartiese la buena nueva por Europa, Europa sería hoy lo que son aún ciertos rincones suyos, entre los cuales tiene España la mala ventura de contarse.

¡Lástima que España derrochase heroísmo y constancia, no por defender su independencia, por ceñir á las sienes miserables de Fernando VII una corona que él prostituyó antes de ceñirla! Con Fernando VII desaparecieron los alientos de libertad que el aire revolucionario de Francia nos traía. Inútil fué, hasta la presente, querer resucitarlos. La sombra de Fernando VII, con su corte de clérigos y de truhanes, flota en el ambiente español; con más ó menos hipocresía, sigue rigiendo los destinos de mi hogar geográfico. Para los efectos humanos, España es hoy la europea Vendée. Fuera triste que, por culpa

y mansedumbre propias, viniese de fuera el Hoche libertador.

Quiberon fué, en 1795, la última trinchera de los vendeanos. Allí los aplastó Hoche; allí, metiendo á los soldados suyos en el mar, con el agua hasta la cintura, impidió que los vendeanos se refugiaran en los barcos ingleses; allí les hizo prisioneros, y allí, donde los chuanes querían escribir con sangre de republicanos el lema «Dios y Rey», para Francia, escribió Hoche con sangre de chuanes el lema «Humanidad y Porvenir», para el mundo entero.

Toda la tragedia, sanguinaria y heroica por parte de vencedores y vencidos, surge ante mí en los llanos de Quiberon. Como concreción suya, como símbolos idealizados por el gran poeta francés, veo ir y venir entre las rocas de Penthievre, las gigantescas imágenes de Cimourdin y de Lantenac, inclinadas sombríamente sobre el cadáver de Gauvin.

Gauvin creía que la crueldad, que la ferocidad eran inútiles en este género de luchas, después de la batalla; por creerlo entregó su vida. Lantenac y Cimourdin, cada uno desde el punto de vista suyo, pensaban lo con-

trario. Tenían razón. En estas luchas entre pasado y porvenir, la piedad es sencillamente cobardía. No se debe tener.

Así lo pensaba Hoche, el general de veinticinco años, el héroe de la República, cuando espada en mano escaló por rocas que las olas batían el fuerte Penthievre. Así lo pensó cuando, cortando la retirada á los chuanes, les hizo prisioneros, y haciendo á sus novecientos cincuenta y siete caudillos, los fusiló en montón sobre las praderas de Auray.

En ellas quedó enterrada definitivamente la Vendée chuanesca.

La estatua del guerrero exterminador se alza en el centro de la villa quiberoiana, sobre un pedestal que simula la roca por donde asaltó el fuerte Penthievre.

Los largos cabellos caen hasta los hombros desde la cabeza destocada; ésta enfrenta con el cacho de mar donde aguardaron inútilmente los ingleses el regreso de las chuanes; la figura está erguida, las manos se apoyan con firmeza en el sable.

Todo es fiero en el héroe, menos el mirar de los ojos. La mirada es triste, melancólica. ¡No parece sino que en ella resplandece

la angustia de morir á los treinta años, en juventud plena, en plena gloria!...

Mal hizo el escultor si quiso poner tal sentimiento en las pupilas de Hoche.

Morir joven, cuando el triunfo nos acaricia con sus manos de luz, cuando las mujeres nos aman, cuando los hombres nos respetan y la gloria se hace un momento esclava para arrastrarse á nuestros pies... ¿Qué hora mejor para morir?

En tal hora murió Hoche.

Sombrero en mano, contemplo su estatua. Envuelta se halla por los rayares de la luna. Las brisas oceánicas besan los cabellos destocados del héroe, sus manos oprimen fuertemente el sable, sus labios enérgicos sonríen. ¿A quién?

Acaso al porvenir soñado para la Francia suya.

Quiberon.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1626 MONTERREY, MEXICO

LAS DOS PLAYAS

Arenada está la de Quiberon con partículas de oro, que oro parecen sus arenas; concha se hace por obra de un cinturón de rocas. En los interiores de la concha azulea el mar y es nácar batido el oleaje. Con sus rojas velas tendidas, gaviotean frente á ella las pescadoras lanchas.

El día de mi arribo vi en una lancha, más inmediata que las otras, á una mujer y á un hombre. Jóvenes eran, en toda la fuerza del vivir. Un marinero conducía mar adentro la embarcación; la vela, hinchada por un viento de popa, ocultaba la tierra á los ojos de los paseantes; gotas últimas de una lluvia chasqueaban contra las aguas del Océano. La cabeza de la mujer sonreía en el hombro fuerte del varón; rendía éste la suya para meter una frase por los oídos de la hermosa. El arco iris describió en tal ins-

33322

tante su multicolor semicírculo, y la barca de los enamorados pasó bajo él como por un arco triunfal.

Bella es la playa señoril cimeada de hoteles.

Por la arena, más suave que todos los artificiales tapices, corretean niños de vestiduras albas y de sonrosado color. El bienestar gallardea en sus trajes; en sus carnes limpias, la salud; niñeras y madres vigilan cuidadosamente sus correrres. Antes llegará á sus cuerpecillos la mano protectora que un leve asomo de peligro. Son las carcajadas y los gritos de estas criaturillas un himno á la felicidad; son los mirares de sus engendradores un voto de gracias á la buena ventura.

De las casetas salen mujeres con elegantes atavíos, que mal las encubren. Los ojos de los varones siguen el viaje de las guapas hembras hacia el mar. Ellas gritan, más de coquetería que de susto, al meterse en el agua; ellos bracean y realizan maravillas de natación para sobresalir entre sus compañeros, para que sus mujeres, en propiedad ó en usufructo, les admiren y aplaudan.

Toda la playa es alegría á la hora del

baño. El mismo romper de las olas semeja estruendoso reír. Todo es alegría. La felicidad reinaría absolutamente en ella, si las lanchas pescadoras y los marineros que en las lanchas trajinan bajo el fuego del sol, no fueran nota agria y sufriente del cuadro.

*
**

A más de la playa señoril hay otra en Quiberon.

Llégase á ella, no por frondas y por calles de hoteles, por callejas empinadas, donde el aire falta y tropiezan los pies.

Es bella también la playa ésta, pero con belleza sombría y trágica.

No la tapizan arenas de oro; duros guijos la alfombran. Entre rocas bullen las aguas del Océano, que entra y sale por boquetes siniestros. El color de estas aguas es verde plomo, casi negro; aquí y allá se yerguen picachos amenazadores; la luz pasa de contrabando por claraboyas de granito; las olas no desfallecen amorosamente, se rasgan, se hacen tiras contra los cuchillos de la peña. El aire tiene modulaciones tristes, las espumas del oleaje son amarillosas, del espacio caen

las nieblas como tocas de orfandad y viudez.

En esa playa corretean niños, trajeados de harapos, sucios, con roña en la piel y anemia en las pupilas. Estos niños ríen y juegan solos. Cuando se despojan de sus pingos y se tiran al mar van hacia el peligro, sin ojos que vigilen su marcha, sin manos prontas á auxiliarles.

También hay mujeres en la playa; ellas no lucen, como las de la otra playa, elegantes arreos; ellas no alcahuetean las formas con albornoces mogrebinos. Una falda rota ó un calzón; un corpiño, una blusa y un pañuelo de percal atado á la cabeza, son todo el lujo de sus carnes; ¡pobres carnes contrahechas por la miseria y el trabajo! No; á esta playa no acuden galanes ansiosos de mirar y ansiosos también de presumir. ¿Para qué?

En esta playa todo habla al dolor, desde las aguas verdinegras hasta la neblina enlutada. Las mismas risas de los niños, que deben ser alegres, aquí resultan dolorosas. El viento las recoge apenas brotan de los labios, las empuja contra el rocaje y las embute en él. Cuando salen de él, son gemidos.

Esta es la playa pobre.

La playa rica es muy cara para los retoños del hambre. Han de acudir á la playa pobre, alfombrada con guijos, salpicada con picachos amenazadores, llena de boquetes sombríos por los cuales entra y sale el mar hecho espuma color de bilis.

«Alegrémonos de haber nacido», dicen los hermanos Quintero en su *Genio alegre*.

La frase es simpática, y el símbolo de la comedia consolador.

Pero cuando, luego de ver la playa rica, tropieza uno con la playa pobre, piensa que la vida no es aún alegre para todos; y piensa que en la vida es necesario hacer algo más que alegrarse de haber nacido.

Quiberon.